

TRUDI CANAVAN



LA MISIÓN DEL EMBAJADOR

En librerías a partir del
6 de septiembre de 2012

PLAZA  JANÉS

megustaleer.com

ellegadodelmagonegro.com

Título original: *The Ambassador's Mission*

Primera edición: septiembre, 2012

© 2010, Trudi Canavan

Publicado originalmente en Gran Bretaña en 2010 por Orbit

© 2012, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Carlos Abreu Fetter, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-35296-6

Depósito legal: B-20.183-2012

TRUDI CANAVAN

LA MISIÓN
DEL EMBAJADOR

LA ESPÍA TRAIIDORA, I

Traducción de
Carlos Abreu Fetter

PLAZA  JANÉS

1

Lo viejo y lo nuevo

La composición más popular y citada del poeta Rewin, que destacó sobre el populacho de Ciudad Nueva, se titulaba *Canto de la ciudad*. Describía todo lo que uno podía oír por la noche en Imardin si se paraba a escuchar: una combinación de sonidos incesante, apagada y lejana. Voces. Canciones. Una carajada. Un gemido. Un grito ahogado. Un alarido.

En la oscuridad de la Cuaderna nueva de Imardin, un hombre recordó el poema. Se detuvo a escuchar, pero en vez de absorber el canto de la ciudad, se concentró en un eco discordante. Un sonido que estaba fuera de lugar. Un sonido que no se repetía. El hombre soltó un resoplido suave y luego reanudó la marcha.

Unos pasos más adelante, algo surgió de entre las sombras y se interpuso en su camino. Se trataba de una figura masculina que se erguía amenazadora ante él. Un destello de luz se reflejó en el filo de una navaja.

—Vamos, el dinero —dijo una voz áspera, llena de determinación.

El hombre se quedó callado, sin mover un músculo. Podía parecer que estaba paralizado de espanto. O bien que se había quedado abstraído en sus pensamientos.

Cuando al fin se movió, lo hizo con una velocidad asombrosa. Un chasquido, el restallido de una manga, y el atracador cayó de rodillas, jadeando. La navaja repiqueteó en el suelo. El hombre dio unas palmaditas en el hombro a su agresor.

—Lo siento. Has elegido mal la noche y la víctima, y no hace falta que te explique por qué.

Cuando el atracador se desplomó boca abajo sobre el pavimento, el hombre pasó por encima de él y continuó andando. Se detuvo por un momento y miró hacia atrás, al otro lado de la calle.

—¡Yep! Gol, se supone que eres mi guardaespaldas.

Otra figura voluminosa salió de las sombras y se acercó a toda prisa al hombre para caminar a su lado.

—Yo diría que no necesitas uno, Cery. Me estoy volviendo lento con la edad. Soy yo quien debería pagarte a ti para que me protegieras.

Cery frunció el ceño.

—Sigues teniendo el oído y la vista agudos, ¿no?

Gol torció el gesto.

—Tan agudos como los tuyos —replicó con hosquedad.

—Muy cierto. —Cery suspiró—. Debería retirarme. Pero los ladrones nunca llegan a retirarse.

—Salvo cuando dejan de ser ladrones.

—Salvo cuando se convierten en cadáveres —lo corrigió Cery.

—Pero tú no eres un ladrón común y corriente. Me parece que las reglas son distintas para ti. No empezaste de la manera habitual, así que, ¿por qué ibas a acabar de la manera habitual?

—Ojalá los demás estuvieran de acuerdo contigo.

—Eso digo yo. La ciudad sería un lugar mejor.

—¿Si todo el mundo estuviera de acuerdo contigo? ¡Ja!

—Mejor para mí, por lo menos.

Cery soltó una risita y prosiguió su camino. Gol lo siguió a unos pocos pasos de distancia. «Disimula bien su miedo —pensó Cery—. Siempre lo ha hecho. Pero seguramente cree que es posible que ninguno de los dos llegue con vida al amanecer. Han muerto demasiados de los nuestros.»

Más de la mitad de los ladrones —los jefes de los bajos fondos de Imardin— había perdido la vida durante los últimos años. Cada uno había fallecido de forma distinta, y la mayoría

por causas no naturales: apuñalados, envenenados, arrojados desde un edificio alto, quemados en un incendio, ahogados o aplastados en el derrumbamiento de un túnel. Algunos aseguraban que había un solo responsable que se tomaba la justicia por su mano, al que llamaban el Cazaladrones. Otros creían que se trataba de ajustes de cuentas entre los propios ladrones.

Según Gol, no se hacían apuestas sobre quién sería el siguiente en morir, sino sobre cómo moriría.

Naturalmente, los ladrones jóvenes habían ocupado el lugar de los mayores, a veces de forma pacífica, a veces después de una lucha sangrienta pero breve. Eso era de esperar. Pero ni siquiera los recién llegados más audaces estaban a salvo de los asesinatos. Corrían tanto peligro de convertirse en la próxima víctima como los ladrones de más edad.

No existía una conexión evidente entre los asesinatos. Aunque había muchas rencillas entre los ladrones, ninguna justificaba tantas muertes. Y aunque los atentados contra la vida de los ladrones no eran raros, sí lo era que tuvieran éxito, que el asesino o los asesinos no se jactaran de ello y que nadie presenciara su crimen.

«En otra época habríamos celebrado una reunión, discutido estrategias, trabajado juntos. Pero ha pasado tanto tiempo desde que los ladrones dejamos de cooperar unos con otros que dudo que ahora supiéramos cómo hacerlo.»

Él había visto venir el cambio durante los días anteriores a la derrota de los invasores ichanis, pero no había imaginado que ocurriría tan deprisa. En cuanto se derogó la Purga —el éxodo forzoso anual de las personas sin hogar de la ciudad a las barriadas—, se declaró que las barriadas formaban parte de la ciudad, por lo que las viejas fronteras quedaron obsoletas. Las alianzas entre ladrones se debilitaron y surgieron nuevas rivalidades. Ladrones que habían luchado codo con codo para salvar la ciudad durante la invasión se volvieron unos contra otros a fin de defender su territorio, resarcirse de lo que otros les habían arrebatado y aprovechar nuevas oportunidades.

Cery pasó junto a cuatro jóvenes que holgazaneaban apoya-

dos en una pared, allí donde el callejón desembocaba en una calle más ancha. Estos lo miraron de arriba abajo y sus ojos se posaron en el pequeño medallón que Cery llevaba prendido a la capa y que lo distinguía como un ladrón. Todos a una le dedicaron un saludo respetuoso con la cabeza. Cery correspondió al gesto y se detuvo en la entrada del callejón, esperando a que Gol pasara junto a los jóvenes y lo alcanzara. El guardaespaldas había decidido hacía años que podía detectar mejor los posibles peligros si no caminaba justo al lado de Cery, y que este era capaz de ocuparse de casi todos los encuentros cuerpo a cuerpo por sí solo.

Mientras Cery aguardaba, bajó la vista hacia una línea roja pintada que atravesaba la entrada del callejón y sonrió, divertido. Tras decretar que las barriadas pertenecían a la ciudad, el rey había intentado tomar el control sobre ellas, con mayor o menor éxito. Las reformas en algunas zonas llevaron al aumento en el precio de los alquileres, lo que, junto con el derribo de las casas inestables, confinó a los pobres en áreas cada vez más reducidas de la ciudad. Estos se atrincheraron en aquellos lugares, se adueñaron de ellos y, como animales acorralados, los defendían con uñas y dientes. Bautizaban sus barrios con nombres como Callesnegras y Fuertemorada. Ahora había líneas divisorias, algunas de ellas pintadas, otras conocidas solo por su fama, que ningún guardia de la ciudad se atrevía a traspasar, salvo en compañía de varios compañeros, e incluso entonces cabía esperar que los atacaran. Solo la presencia de un mago garantizaba su seguridad.

Cuando su guardaespaldas llegó junto a él, Cery se volvió y juntos empezaron a cruzar la calle ancha. Pasó un carro alumbrado por dos faroles que se balanceaban. Los guardias, siempre presentes, patrullaban lámpara en mano en parejas, nunca demasiado lejos del grupo que tenían delante o del siguiente.

Aquella era una vía nueva, que atravesaba la parte más conflictiva de la ciudad, conocida como Malavida. Cualquiera que circulara por ella corría el riesgo de que los habitantes de uno y otro lado le robaran y acabaran clavándole un cuchillo. Pero

la calzada era ancha, lo que ofrecía a los atracadores pocos lugares donde ocultarse, y los túneles de abajo, que en otro tiempo constituían la red subterránea llamada el Camino de los Ladrones, habían sido cegados durante la construcción de la calle. Muchos de los edificios antiguos de ambos lados, en los que la gente vivía hacinada, habían sido demolidos, y en su lugar se habían erigido otros más grandes y seguros que pertenecían a los mercaderes.

Con Malavida partida en dos, sus vitales vías de comunicación interna habían quedado cortadas. Aunque Cery estaba convencido de que se estaba intentando excavar túneles nuevos, la mitad de la población local se había visto obligada a instalarse en otros barrios conflictivos, mientras la otra parte quedaba dividida por la calle principal. Malavida, frecuentada en otra época por visitantes que acudían en busca de casas de juego o prostitutas baratas sin amilanarse ante el riesgo de que les robaran o asesinaran, tenía los días contados.

Cery, como de costumbre, se sentía incómodo al raso. El encuentro con el atracador lo había dejado intranquilo.

—¿Crees que lo han enviado para ponerme a prueba? —le preguntó a Gol.

Gol no respondió enseguida, y su largo silencio le indicó a Cery que estaba reflexionando con detenimiento sobre el asunto.

—Lo dudo. Lo más probable es que haya tenido un golpe letal de mala suerte.

Cery asintió. «Estoy de acuerdo. Pero los tiempos han cambiado. La ciudad ha cambiado. A veces es como vivir en un país extranjero. O como me imagino que sería vivir en otra ciudad, pues nunca he salido de Imardin. Es como si ya no la conociera. Rigen reglas distintas. El peligro acecha donde uno menos se lo espera. Y, después de todo, estoy a punto de conocer al ladrón más temido de Imardin.»

—¡Eh, usted! —gritó alguien.

Dos guardias se les acercaron con aire decidido, uno de ellos sujetando el farol en alto. Tras calcular la distancia que lo separaba del otro lado de la calzada, Cery suspiró y se detuvo.

—¿Yo? —preguntó, volviéndose hacia los guardias. Gol permaneció callado.

El guardia más alto se detuvo un paso más cerca de él que su compañero bajo y robusto. No respondió, pero tras mirar alternativamente a Gol y a Cery, acabó fijando la vista en este último.

—Nombre y dirección —ordenó.

—Cery, Camino del Río, Ladonorte —contestó Cery.

—¿Los dos?

—Sí. Gol es mi criado. Y mi guardaespaldas.

El guardia asintió sin apenas mirar a Gol.

—¿Adónde se dirigen?

—A una audiencia con el rey.

El guardia que no hablaba aspiró bruscamente, lo que le valió una mirada de su superior. Cery los observó, divertido al comprobar que ambos intentaban —en vano— disimular la consternación y el miedo. Tenía instrucciones de dar esta información, y aunque era totalmente inverosímil, al parecer el guardia se la había creído. O, más probablemente, había entendido que se trataba de un mensaje cifrado.

El guardia más alto irguió la espalda.

—Entonces, prosigan su camino. Y... vayan con cuidado.

Cery apartó la mirada de ellos y, seguido muy de cerca por Gol, echó a andar a través de la calle. Se preguntó si el mensaje había revelado al guardia exactamente con quién iba a reunirse, o si este solo tenía órdenes de no detener o entretener a quien pronunciara aquella frase.

Fuera como fuese, Cery dudaba que Gol y él hubiesen acertado a topar con el único guardia corrupto de la calle. Siempre había habido guardias dispuestos a colaborar con los ladrones, pero ahora la corrupción estaba más arraigada y extendida que nunca. En la Guardia había hombres honestos e íntegros que pugnaban por desenmascarar y castigar a los delincuentes infiltrados en sus propias filas, pero era una batalla que hacía tiempo que estaban perdiendo.

«Todo el mundo está enzarzado en algún tipo de lucha intes-

tina. La Guardia combate la corrupción, las Casas contienden entre sí, los aprendices y magos ricos del Gremio discuten constantemente con los pobres, las Tierras Aliadas no se ponen de acuerdo respecto a lo que hay que hacer con Sachaka, y los ladrones están en guerra unos con otros. A Farén todo esto le habría parecido de lo más entretenido.»

Pero Farén había muerto. A diferencia de los otros ladrones, había fallecido a causa de una infección de pulmón perfectamente normal un invierno, cinco años atrás. Antes de eso, Cery había estado unos años sin hablar con él. El hombre que Farén había preparado para que lo sucediera había tomado las riendas de su imperio criminal sin rivalidades ni derramamientos de sangre. El hombre conocido como Skellin.

El hombre a quien Cery iba a conocer esa noche.

Mientras avanzaba por la zona más pequeña del barrio dividido de Malavida, haciendo caso omiso de las llamadas de las prostitutas y los chicos trileros, Cery pensó en lo que sabía acerca de Skellin. Farén había acogido a la madre de su sucesor cuando Skellin era solo un niño, pero se ignoraba si la mujer había sido amante, esposa o empleada de Farén. El viejo ladrón los había mantenido cerca de sí pero ocultos, como la mayoría de los ladrones tenía que hacer con sus seres queridos. Skellin se había revelado como un hombre de talento. Se había hecho cargo de muchas iniciativas de los bajos fondos y había emprendido algunas propias, con muy pocos fracasos. Tenía fama de inteligente e inflexible. Cery no creía que Farén hubiera aprobado la crueldad extrema de Skellin. Por otro lado, las historias que se contaban sobre él seguramente se adornaban conforme pasaban de boca en boca, así que no había manera de determinar hasta qué punto aquella fama era merecida.

Por lo que Cery sabía, no existía un animal llamado «skellin». El sucesor de Farén había sido el primer ladrón en romper con la tradición de adoptar el nombre de un animal. Eso no significaba necesariamente que «Skellin» fuera su nombre auténtico, claro está. Quienes así lo creían lo consideraban valiente por haberlo hecho público. A los demás les daba igual.

Doblaron una esquina y llegaron a una zona más limpia del barrio. En realidad, solo era más limpia en apariencia. Tras las puertas de aquellas casas sólidas y bien cuidadas vivían prostitutas de alta categoría, vendedores de objetos robados, contrabandistas y asesinos. Los ladrones habían descubierto que la Guardia —que tenía que vigilar una superficie muy grande con pocos hombres— no indagaba mucho si las apariencias eran respetables. La Guardia, a su vez, al igual que ciertos hombres y mujeres acaudalados de las Casas que tenían contactos de negocios algo turbios, había aprendido a distraer a los ciudadanos bienintencionados de su incapacidad para enfrentarse al problema haciendo donativos a sus proyectos benéficos preferidos.

Entre ellos estaban los hospitales dirigidos por Sonea, que seguía siendo una heroína para los pobres pese a que los ricos solo hablaban de los esfuerzos y sacrificios realizados por Akkarin durante la Invasión ichani. Cery se preguntaba a menudo si ella tenía idea de qué parte del dinero donado a su causa procedía de prácticas corruptas. Y, si lo sabía, ¿le importaba?

Gol y él aminoraron el paso al llegar a la intersección de las calles especificadas en las indicaciones que le habían enviado a Cery. En la esquina se encontraron con un espectáculo extraño.

Una extensión de verde salpicada de colores vivos ocupaba el espacio en que antes se alzaba una casa. Plantas de todos los tamaños crecían entre los viejos cimientos y las paredes desmoronadas. Todo ello estaba iluminado por cientos de lámparas colgadas. Cery rió entre dientes al recordar por fin dónde había oído antes el nombre «Casa Soleada». El edificio había quedado destruido durante la Invasión ichani, y el propietario no podía permitirse reconstruirlo. Se había instalado en el sótano de las ruinas y se dedicaba durante todo el día a ayudar a su querido jardín a invadirlo todo, y a los vecinos a entrar y disfrutar de él.

Aunque era un escenario insólito para una reunión de ladrones, Cery veía en él algunas ventajas. Era un espacio relativamente abierto —nadie podía acercarse o escuchar la conversa-

ción sin que lo descubrieran— y a la vez lo bastante público para que cualquier pelea o agresión tuviera testigos, lo que con un poco de suerte impediría que se cometieran actos de traición y violencia.

Según las instrucciones, tenía que esperar junto a la estatua. Cuando Cery y Gol entraron en el jardín, vieron una figura de piedra que se erguía sobre un pedestal en medio de las ruinas. Estaba esculpida en piedra negra vetada de gris y blanco. Representaba un hombre vestido con una capa y orientado hacia el este pero con la mirada dirigida hacia el norte. Al acercarse, Cery se percató de que había algo en aquella efigie que le resultaba familiar.

«Se supone que es Akkarin —comprendió, estupefacto—. Tiene la cara vuelta hacia el Gremio pero sus ojos miran hacia Sachaka. —Se inclinó hacia la estatua para examinar las facciones—. La verdad es que no se le parece mucho.»

Gol emitió un leve sonido de advertencia, y Cery devolvió su atención de inmediato a su entorno. Un hombre caminaba hacia ellos, con otro a la zaga.

«¿Será Skellin? Se nota claramente que es extranjero.» No obstante, aquel hombre no pertenecía a ninguna raza que Cery conociera. El forastero tenía el rostro alargado y enjuto, con unos pómulos y una barbilla que se estrechaban hasta acabar en punta. Esto ocasionaba que sus labios, sorprendentemente curvos, parecieran demasiado grandes para su cara. Sin embargo, sus ojos y sus cejas angulosas eran proporcionados, casi hermosos. Tenía la tez más oscura de lo que era habitual entre los elyneos o los sachakanos, pero en vez del negro azulado de un lonmariano típico, presentaba un matiz rojizo. Su cabello era de un rojo mucho más apagado que los tonos vibrantes tan frecuentes en los elyneos.

«Es como si se hubiera caído en una cuba de tinte y no se hubiera lavado del todo —pensó Cery—. Yo diría que tiene unos veinticinco años.»

—Bienvenido a mi hogar, Cery de Ladonorte —dijo el hombre, sin el menor asomo de acento extranjero—. Soy Skellin.

Skellin el Ladrón, o Skellin el Sucio Extranjero, según la persona con la que hables y su grado de intoxicación.

Cery no estaba seguro de cómo responder a eso.

—¿Cómo prefieres que te llame?

La sonrisa de Skellin se ensanchó.

—Skellin a secas. No soy muy aficionado a los títulos pomposos. —Posó la vista en Gol.

—Mi guardaespaldas —explicó Cery.

Skellin asintió mirando a Gol a manera de saludo antes de volverse de nuevo hacia Cery.

—¿Podemos hablar en privado?

—Desde luego —contestó Cery. Hizo una señal con la cabeza a Gol, que se retiró hasta donde no alcanzaba a oírlos. El acompañante de Skellin hizo lo mismo.

El otro ladrón se acercó a un muro bajo de las ruinas y se sentó.

—Es una lástima que los ladrones de esta ciudad ya no nos reunamos con frecuencia para trabajar juntos —comentó—. Como en los viejos tiempos. —Clavó los ojos en Cery—. Tú antes conocías las viejas tradiciones y seguías las reglas antiguas. ¿Las echas de menos?

Cery se encogió de hombros.

—Se producen cambios continuamente. Pierdes algo pero ganas otra cosa.

Skellin arqueó una de sus elegantes cejas.

—¿Las ganancias superan las pérdidas?

—Más para unos que para otros. La partición no me ha beneficiado mucho, pero sigo manteniendo acuerdos con otros ladrones.

—Me alegro de oírlo. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que tú y yo lleguemos a un acuerdo?

—Siempre hay alguna posibilidad. —Cery sonrió—. Depende de lo que propongas.

Skellin asintió.

—Claro. —Hizo una pausa y su expresión se tornó seria—. Quiero hacerte dos proposiciones. La primera se la he hecho a varios otros ladrones, y todos han aceptado.

Una súbita oleada de interés recorrió a Cery. «¿Todos? Por otra parte, no ha aclarado a cuántos se refiere con “varios”.»

—¿Has oído hablar del Cazaladrones? —preguntó Skellin.

—¿Y quién no?

—Creo que existe de verdad.

—¿Una sola persona ha matado a todos esos ladrones? —Cery enarcó las cejas, sin molestarse un ápice en disimular su incredulidad.

—Sí —dijo Skellin con firmeza, sosteniéndole la mirada—. Si investigas un poco, si preguntas a las personas que han visto algo, sin duda te darás cuenta de que se aprecian semejanzas entre los asesinatos.

«Tendré que pedirle a Gol que vuelva a hacer averiguaciones sobre el asunto —pensó Cery. Entonces se le ocurrió una posibilidad—. Espero que Skellin no crea que el hecho de que ayudara al Gran Lord Akkarin a localizar a los espías sachakanos antes de la Invasión ichani implica que soy capaz de encontrar al tal Cazaladrones si él me lo pide. Resultaba muy fácil identificarlos en cuanto uno sabía qué estaba buscando. El Cazaladrones es harina de otro costal.»

—Entonces... ¿qué pretendes hacer al respecto?

—Quiero que, si oyes algo acerca del Cazaladrones, me lo comuniques. Tengo entendido que muchos ladrones no se hablan entre sí, así que me ofrezco como recopilador de información sobre el Cazaladrones. Tal vez, con la colaboración de todos, consiga libraros de él. O, por lo menos, advertir a todos aquellos a quienes vaya a atacar.

Cery sonrió.

—Esto último no me parece un objetivo demasiado realista.

Skellin se encogió de hombros.

—Sí, siempre cabe la posibilidad de que un ladrón no transmita una advertencia si sabe que el Cazaladrones va a matar a un rival. Pero no olvides que cada ladrón eliminado es una fuente de información menos, una información que podría ayudarnos a desembarazarnos del Cazador y a la vez garantizar nuestra seguridad.

—Encontrarían enseguida un sustituto para ese ladrón eliminado.

Skellin frunció el entrecejo.

—Sí, así es, alguien que quizá sabría menos que su predecesor.

—No te preocupes. —Cery sacudió la cabeza—. Por el momento, no odio tanto a nadie como para hacerle eso.

El otro hombre esbozó una sonrisa.

—Entonces, ¿trato hecho?

Cery reflexionó. Aunque no le gustaban las actividades a las que se dedicaba Skellin, habría sido una tontería rechazar su oferta. El hombre solo quería información relacionada con el Cazaladrones, nada más. Y no estaba exigiéndole un pacto o una promesa: si Cery no le comunicaba información que podría poner en peligro su seguridad o su negocio, nadie tendría derecho a acusarlo de haber faltado a su palabra.

—Sí —respondió—. Eso puedo hacerlo.

—Hemos llegado a un acuerdo —dijo Skellin, ampliando su sonrisa—. Ahora veamos si consigo que sean dos. —Se frotó las manos—. Estoy seguro de que conoces el producto principal que importo y vendo.

Sin molestarse en ocultar su desagrado, Cery movió afirmativamente la cabeza.

—Craña. O «carroña», como la llaman algunos. No es algo que me interese. Y me han contado que controlas totalmente el negocio.

Skellin asintió.

—Así es. Cuando Farén murió, me dejó un territorio cada vez más reducido. Necesitaba encontrar una manera de arraigarme y reforzar mi liderazgo. Probé oficios diferentes. La venta de craña era algo nuevo, algo que no se había intentado antes. Me sorprendió la rapidez con que los kyalianos se aficionaron a ella. Ha resultado ser muy lucrativo, y no solo para mí. A las Casas no les va nada mal con el alquiler de las casas de braseros. —Skellin hizo una pausa—. Tú también podrías sacar tajada de este pequeño pastel, Cery de Ladonorte.

—Llámame Cery a secas. —Cery adoptó una expresión severa—. Me halagas, pero la mayoría de los habitantes de Ladonorte son demasiado pobres para comprar craña. Es un vicio para ricos.

—Pero Ladonorte está prosperando, gracias a tu trabajo, y la craña baja de precio conforme se hace más accesible.

Cery reprimió una sonrisa cínica al oír el elogio.

—Aún no ha prosperado bastante. Y su progreso se estancaría si se introdujera la craña demasiado pronto y demasiado deprisa. —«Si de mí dependiera, no se introduciría nunca.» Había visto lo que la droga hacía a los hombres y mujeres que se volvían adictos al placer que producía; se olvidaban de comer y beber y de alimentar a sus hijos, salvo para administrarles un poco de la sustancia a fin de que dejaran de quejarse de hambre. «Pero no soy tan tonto como para creer que podré mantener Ladonorte a salvo de la craña para siempre. Si no la distribuyo yo, lo hará otro. Tengo que encontrar un modo de hacerlo sin perjudicar a demasiada gente»—. Ya habrá un momento para introducir la craña en Ladonorte —aseveró Cery—. Y cuando llegue ese momento, sabré a quién acudir.

—No tardes mucho, Cery —le advirtió Skellin—. La craña es popular porque es una novedad y está de moda, pero acabará siendo como el bol, un vicio más de la ciudad, cultivado y elaborado por cualquiera. Para entonces, espero haber establecido otros negocios con los que ganarme la vida. —Se quedó callado por un momento y desvió la mirada—. Negocios antiguos y tradicionales, propios de un ladrón honorable. O tal vez algo legal. —Se volvió y sonrió, aunque con un atisbo de insatisfacción en su mirada.

«Tal vez haya un hombre honrado ahí dentro —pensó Cery—. Si no había previsto que el consumo de craña se extendiera tan deprisa, quizá no esperaba que causara tanto daño... Pero eso no me convencerá de meterme en el negocio.»

La sonrisa de Skellin se desvaneció para dar paso a una expresión ceñuda.

—Ahí fuera hay personas a las que les gustaría ocupar tu lu-

gar, Cery. La craña podría ser tu mejor defensa contra ellas, como lo fue para mí.

—Siempre habrá gente ahí fuera que quiera quitarme de en medio —repuso Cery—. Me marcharé cuando lo considere oportuno.

Sus palabras parecieron hacer gracia al otro ladrón.

—¿De verdad crees que tendrás la oportunidad de elegir el momento y el lugar?

—Sí.

—¿También a tu sucesor?

—Sí.

Skellin soltó una risita.

—Me gusta tu seguridad. Farén también estaba muy seguro de sí mismo. No se equivocaba del todo: tuvo la posibilidad de elegir a su sucesor.

—Era un hombre astuto.

—Me habló mucho de ti. —La curiosidad asomó a los ojos de Skellin—. Me contó que no llegaste a convertirte en ladrón por el camino habitual. Que el Gran Lord Akkarin así lo dispuso.

Cery resistió el impulso de mirar la estatua.

—Todos los ladrones obtienen poder prestando servicios a personas poderosas. Yo tuve la suerte de intercambiar favores con alguien muy poderoso.

Skellin arqueó las cejas.

—¿Llegó a enseñarte magia?

A Cery se le escapó una carcajada.

—¡Ojalá!

—Pero si te criaste con la Maga Negra Sonea y alcanzaste tu posición con la ayuda del Gran Lord anterior... Algo habrás aprendido.

—La magia no funciona así —explicó Cery. «Aunque seguro que ya lo sabe»—. Tienes que poseer dotes para ello, y que alguien te enseñe a utilizarlas. No basta con observar a alguien para aprender.

Skellin se llevó un dedo a la barbilla y contempló a Cery con aire pensativo.

—Pero sigues teniendo contactos en el Gremio, ¿verdad?

Cery sacudió la cabeza.

—Hace años que no veo a Sonea.

—Qué decepción, después de lo que hicisteis tú y todos los ladrones para ayudarlos. —Skellin esbozó una sonrisa torcida—. Me temo que tu reputación como amigo de los magos no responde a la realidad, Cery.

—Es lo que pasa con las reputaciones. Por lo general.

Skellin asintió.

—Así es. Bien, he disfrutado con nuestra charla y te he planteado mis propuestas. Hemos cerrado un trato, por lo menos. Espero que cerremos otro a su debido tiempo. —Se puso de pie—. Gracias por reunirte conmigo, Cery de Ladonorte.

—Gracias por invitarme. Buena suerte con la captura del Cazaladrones.

Skellin sonrió y se despidió con un gesto cortés de la cabeza antes de dar media vuelta y marcharse a paso tranquilo por donde había venido. Cery lo observó por un momento y echó otro vistazo rápido a la estatua. Definitivamente no se le parecía mucho.

—¿Cómo ha ido? —murmuró Gol cuando Cery se le acercó.

—Tal como esperaba —respondió Cery—. Salvo porque...

—¿Salvo porque...? —repitió Gol al advertir que Cery no terminaba la frase.

—Hemos acordado compartir información sobre el Cazaladrones.

—¿O sea que existe?

—Es lo que cree Skellin. —Cery se encogió de hombros. Cruzaron la calle y emprendieron el regreso hacia Malavida dando grandes zancadas—. Pero eso no ha sido lo más raro.

—¿Ah, no?

—Me ha preguntado si Akkarin me enseñó magia.

Gol guardó silencio por un momento.

—Eso no es tan raro. Recuerda que Farén mantuvo oculta a Sonea antes de entregarla al Gremio, con la esperanza de que hiciera magia para él. Skellin debe de estar enterado de todo eso.

—¿Crees que le gustaría tener un mago particular?

—Desde luego. Aunque obviamente no quiere contratarte a ti, puesto que eres un ladrón. Tal vez piensa que puede pedir favores al Gremio a través de ti.

—Le he dicho que hace años que no veo a Sonea. —Cery rió entre dientes—. La próxima vez que me tope con ella, a lo mejor le pregunto si quiere echar una mano a uno de mis amigos ladrones, solo para ver la cara que pone.

Más adelante, en el callejón, de súbito apareció una figura que se dirigía rápidamente hacia ellos. Cery tomó nota mentalmente de las vías de escape y los escondrijos posibles que había alrededor.

—Deberías decirle que Skellin ha estado haciendo averiguaciones —le aconsejó Gol—. Es posible que intente reclutar a otro. Y quizá lo consiga. No todos los magos son tan incorruptibles como Sonea. —Gol aminoró la marcha—. Ese... es Neg.

El alivio por no tener que lidiar con otro atracador dio paso a la preocupación. Neg se había quedado custodiando la guardia principal de Cery. Prefería eso a deambular por las calles, pues los espacios abiertos lo ponían nervioso.

El guardia los había visto. Neg estaba resollando cuando llegó junto a ellos. En su rostro se vislumbraba algo blanco, y a Cery se le cayó el alma muy por debajo del nivel de la calle cuando vio qué era. Un vendaje.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cery, en una voz que apenas reconoció.

—Lo... lo siento —jadeó Neg—. Malas noticias. —Respiró hondo, soltó el aire con brusquedad y sacudió la cabeza—. No sé cómo decírtelo.

—Dilo —le ordenó Cery.

—Han muertos. Todos. Selia. Los chicos. No he podido ver al asesino. Ha conseguido entrar. No sé cómo. No hay cerraduras rotas. Cuando he llegado a... —Mientras Neg continuaba balbuciendo, disculpándose y justificándose atropelladamente, a Cery empezaron a zumbarle los oídos. Por un momento, su mente se esforzó por encontrar otra explicación. «Debe de es-

tar equivocado. Se ha golpeado la cabeza y está delirando. Lo ha soñado.»

Pero se obligó a afrontar los hechos más probables. Lo que había temido durante años, su peor pesadilla, se había hecho realidad.

Alguien había conseguido atravesar todas las puertas, sorteando a los guardias y las medidas de seguridad, y había asesinado a su familia.

Contactos cuestionables

Despertó mucho más temprano que de costumbre. Aún faltaban unas horas para el amanecer. Sonea parpadeó en la oscuridad y se preguntó qué la había arrancado del sueño. ¿Una pesadilla? ¿O un ruido real la había puesto alerta repentinamente en plena noche?

Entonces percibió un sonido, leve pero innegable, procedente de la habitación contigua.

Con el corazón acelerado y un cosquilleo en el cuero cabelludo, se levantó y se acercó silenciosamente a la puerta del dormitorio. Al otro lado se oyó un paso, y luego otro. Ella agarró el pomo de la puerta, invocó su energía, generó un escudo de magia y respiró hondo.

El pomo giró sin hacer ruido. Ella entreabrió la puerta hacia dentro y echó un vistazo al exterior. Bajo la tenue luz de la luna que se filtraba por entre los visillos, vislumbró una figura que caminaba de un lado a otro de la sala de invitados. Era un hombre de baja estatura que reconoció de inmediato. La invadió un gran alivio.

—Cery —dijo, abriendo la puerta del todo—. ¿Quién si no se colaría en mis aposentos a altas horas de la noche?

El ladrón se volvió hacia ella.

—Sonea... —Inspiró profundamente, pero no dijo nada más. Se produjo una larga pausa, y ella frunció el entrecejo. No era propio de él titubear. ¿Había acudido a pedirle un favor que sabía que no le gustaría?

Ella se concentró y creó un pequeño globo de luz apenas lo bastante intensa para inundar la habitación de un resplandor suave. Por un momento se le cortó la respiración. Cery tenía el rostro surcado de arrugas. Los años de peligros y preocupaciones que le había acarreado su vida de ladrón lo habían hecho envejecer más deprisa que ningún otro conocido de Sonea.

«Yo estoy muy marcada por la edad —pensó—, pero las batallas que he tenido que librar están relacionadas con disputas mezquinas entre magos, no con sobrevivir en el mundo inhóspito y a menudo cruel de los bajos fondos.»

—Bueno... ¿y qué te trae por el Gremio en plena noche? —preguntó, saliendo a la sala de invitados.

Él la miró con aire reflexivo.

—Nunca me preguntas cómo logro entrar aquí sin que me descubran.

—No quiero saberlo. No quiero arriesgarme a que otra persona descubra la manera, en el caso improbable de que yo permita que alguien me lea la mente.

Él asintió.

—Ah. ¿Cómo va todo por aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Igual. Los aprendices ricos riñen con los pobres. Y ahora que algunos de los ex aprendices pobres se han graduado y convertido en magos, han llevado las riñas a un nuevo nivel que tenemos que tomar en serio. Dentro de unos días nos reuniremos para deliberar sobre una petición de abolir la norma que prohíbe que aprendices y magos se relacionen con delinquentes o personas de mala reputación. Si la iniciativa tiene éxito, ya no estaré quebrantando una norma al hablar contigo.

—¿Podré entrar por la puerta principal y solicitar audiencia formalmente?

—Sí. Aunque esa posibilidad quitaría el sueño a los magos superiores durante un tiempo. Apuesto a que desearían no haber permitido nunca que miembros de las clases bajas ingresaran en el Gremio.

—Siempre supimos que se arrepentirían de ello —dijo Cery.

Suspiró y desvió la mirada—. He llegado a desear que la Purga no se hubiera derogado.

Sonea frunció el entrecejo y cruzó los brazos, con una punzada de ira e incredulidad.

—No hablarás en serio.

—Todo ha cambiado a peor. —Se acercó a una ventana y apartó uno de los visillos, que no reveló otra cosa que la negrura del otro lado.

—¿Y eso es por la derogación de la Purga? —Ella contempló la espalda de Cery con los ojos entornados—. ¿No tiene nada que ver con cierto vicio nuevo que está destrozando la vida de muchos imardianos, tanto ricos como pobres?

—¿La craña?

—Sí. La Purga mataba a cientos, pero la craña ha matado a miles y esclavizado a muchos más. —Veía las víctimas a diario en los hospitales. No se trataba solo de las personas atrapadas en las garras de la droga, sino también de sus padres, cónyuges, hermanos, hijos y amigos desesperados.

«Y, que yo sepa, igual Cery es uno de los ladrones que la importan y la venden», pensó sin poder evitarlo, y no por primera vez.

—Dicen que hace que todo te dé igual —murmuró Cery, volviéndose hacia ella—. Te quita las preocupaciones. El miedo. La... pena. —La voz se le entrecortó al pronunciar esta última palabra, y Sonea notó de pronto que todos sus sentidos se agudizaban.

—¿Qué ocurre, Cery? ¿Por qué has venido?

Él respiró hondo y exhaló despacio.

—Mi familia —respondió—. Los asesinaron anoche.

Sonea se tambaleó hacia atrás. La embargó un dolor terrible, que le recordó que algunas pérdidas nunca se olvidan... ni deben olvidarse. Pero se contuvo. No le sería de ninguna ayuda a Cery si dejaba que el dolor la consumiera. Él era la viva imagen de la impotencia. Sus ojos reflejaban una conmoción y una angustia manifiestas. Se abalanzó hacia él y lo abrazó. Cery se puso rígido por unos instantes, antes de abandonarse en sus brazos.

—Son gajes del oficio —dijo—. Los ladrones hacemos todo lo posible por proteger a los nuestros, pero el peligro siempre está ahí. Vesta me dejó porque no podía soportarlo. No aguantaba estar encerrada. Selia era más fuerte, más valiente. Después de todo aquello por lo que había pasado, no merecía... Y los chicos...

Vesta había sido la primera esposa de Cery. Era inteligente, pero irritable y propensa a las rabietas. Cery hacía mejor pareja con Selia, una mujer serena, con la sensatez tranquila de quien observaba el mundo con ojos abiertos pero comprensivos. Sonea lo sujetó mientras los sollozos sacudían su cuerpo, y notó que a ella también se le agolpaban las lágrimas en los ojos. «¿Soy capaz de imaginar lo que se siente al perder a un hijo? Conozco el temor a perderlos, pero no el dolor de la pérdida real. Creo que sería peor de lo que puedo imaginar. Saber que tus hijos nunca llegarán a crecer... Pero... ¿Qué hay de su otra hija? Aunque ya debe de ser adulta.»

—¿Anyi está bien? —preguntó.

Cery se quedó inmóvil y se apartó de ella. Su rostro tenso reflejaba una gran indecisión.

—No lo sé. He dejado que la gente crea que Vesta y Anyi no me importan desde que se marcharon, por su propia seguridad, aunque de vez en cuando me encargo de que mi camino y el de Anyi se crucen, para que al menos siga reconociéndome. —Sacudió la cabeza—. Quienes han hecho esto han conseguido entrar sin que se lo impidieran las mejores cerraduras que pueden encontrarse en el mercado ni personas que gozan de toda mi confianza. Lo tenían todo bien estudiado. Quizá estén informados acerca de Anyi. O a lo mejor saben que existe, pero no dónde encontrarla. Si voy a verla para averiguar cómo está, podría conducirlos hasta ella.

—¿Podrías hacerle llegar una advertencia?

Él arrugó el entrecejo.

—Sí. Tal vez... —Suspiró—. Tengo que intentarlo.

—¿Qué le indicarás que haga?

—Escondarse.

—Entonces dará igual que los conduzcas hasta ella, ¿no? De cualquier manera tendrá que esconderse.

Cery se quedó pensativo.

—Supongo que sí.

Sonea sonrió, y un brillo de determinación asomó a sus ojos. Ahora él tenía todo el cuerpo tenso. Le dirigió una mirada de disculpa.

—Anda, vete —dijo ella—. Y no vuelvas a tardar tanto en visitarme.

Él consiguió esbozar una sonrisa.

—Te lo prometo. Ah. Hay algo más. Es solo una nimiedad, pero Skellin, uno de los ladrones, está deseando tener a un mago a su servicio. Es un proveedor de craña, así que cercióra-te de que ninguno de tus magos tenga debilidad por esa porquería.

—No son mis magos, Cery —le recordó ella, no por primera vez.

En vez de dedicarle su sonrisa habitual, él respondió con una mueca.

—Ya. En fin. A menos que quieras enterarte de cómo entro y salgo de aquí, más vale que te vayas de la habitación.

Sonea puso los ojos en blanco antes de encaminarse hacia la puerta de su alcoba. Se volvió antes de cerrarla.

—Buenas noches, Cery. Siento mucho lo de tu familia, y espero que Anyi esté sana y salva.

Él asintió y tragó saliva.

—Yo también.

Ella cerró la puerta tras de sí y esperó. Se oyeron unos golpes sordos en la sala de invitados, seguidos del silencio. Ella contó hasta cien y abrió la puerta de nuevo. La sala estaba desierta. Sonea no vio rastro alguno de su entrada o su salida.

La oscuridad al otro lado de las ventanas ya no era tan impenetrable. Se había teñido de gris, y se intuía una silueta en la débil claridad del alba. Sonea dio un paso hacia ella y se detuvo. ¿Aquello era la mole cuadrada de la residencia del Gran Lord, o se lo estaba imaginando? Fuera como fuese, la idea le provocó un escalofrío.

«Basta. Él no está allí.»

Balkan había vivido en aquel edificio durante los últimos veinte años. Ella a menudo se preguntaba si sentía la presencia del morador anterior, pero nunca había hablado con él del asunto, pues sabía que esto habría supuesto una falta de tacto.

«Él está en lo alto de la colina. Detrás de ti.»

Se volvió y dirigió la vista más allá de las paredes. Contempló en su imaginación las nuevas y relucientes lápidas blancas entre el gris del antiguo cementerio. Una vieja añoranza se apoderó de ella, pero intentó reprimirla. Tenía muchas cosas que hacer. Sin embargo, era temprano; apenas estaba amaneciendo. Tenía tiempo. Y hacía mucho que no iba allí. La terrible noticia de Cery despertó en ella la necesidad de... ¿de qué? Tal vez de mostrar respeto hacia su pérdida recordando la suya propia. Necesitaba hacer algo más que seguir de forma mecánica su rutina diaria fingiendo que no había ocurrido algo espantoso.

Tras regresar a su alcoba, se lavó y se cambió a toda prisa, se cubrió los hombros con una capa —negro sobre negro—, salió sigilosamente por la puerta principal de su habitación, recorrió lo más silenciosamente posible el pasillo del alojamiento de los magos hacia el portal y enfiló el sendero que conducía al cementerio.

Habían trazado caminos nuevos desde la última vez que ella había visitado el lugar, con lord Rothen, hacía más de veinte años. Habían arrancado las malas hierbas, pero el Gremio había dejado en pie un muro de árboles protectores en torno a las tumbas más alejadas del centro. Se fijó en las placas lisas de piedra recién tallada. Había visto cómo colocaban algunas de ellas, pero no todas. Cuando un mago moría, la magia que aún contenía se liberaba, y si era abundante, consumía el cuerpo por completo. Por eso las tumbas antiguas habían constituido un misterio. Si no había cuerpo que enterrar, ¿por qué había sepulcros allí?

El redescubrimiento de la magia negra había respondido a esta pregunta. La energía mágica que los magos de la antigüe-

dad conservaban en el momento de morir era absorbida por un mago negro, de modo que quedaba un cadáver que sepultar.

Ahora que la magia negra ya no era un tabú, aunque estaba controlada de manera estricta, los entierros habían vuelto a ser populares. La tarea de asimilar los restos de energía mágica de los fallecidos recayó en los dos magos negros del Gremio, ella y el Mago Negro Kallen.

Cuando Sonea tomaba para sí la magia que le quedaba a un mago al morir, consideraba que era su deber asistir a sus funerales. «Me pregunto si Kallen se sentirá también obligado a ello cuando un mago lo elige a él.» Se acercó a una losa sencilla, sin adornos, y secó el rocío de una esquina con calor mágico para sentarse en ella. Sus ojos se posaron en el nombre que tenía grabado: Akkarin. «Te habría divertido ver cuántos magos que se oponían rotundamente a la recuperación del uso de la magia negra recurren a ella al final de sus días, para que sus restos mortales puedan descomponerse bajo tierra. Tal vez habrías llegado a la conclusión, como yo, de que permitir que la magia que te queda consume tu cuerpo es lo más apropiado para un mago.» Echó una ojeada a las tumbas recientes, cada vez más recargadas —y considerablemente más baratas— que encargaba el Gremio.

Leyó la inscripción de la losa en que estaba sentada. Un nombre, un título, un nombre de una Casa, un nombre de familia. Después, alguien había añadido, en letras pequeñas, como de mala gana, las palabras «Padre de Lorkin». Sin embargo, el nombre de ella brillaba por su ausencia. «Y nunca figurará, mientras tu familia tenga voz en este asunto, Akkarin. Pero al menos han aceptado a tu hijo.»

Dejó a un lado la amargura y pensó en Cery y su familia durante un rato, dejándose invadir por la reminiscencia de la pena y el dolor de la conmiseración, mientras los recuerdos, algunos agradables, otros no, se arremolinaban en su mente. Al cabo, el sonido de unos pasos la arrancó de sus pensamientos y ella cayó en la cuenta de que ya era pleno día.

Se volvió y sonrió al ver que era Rothen quien caminaba ha-

cia ella. Su rostro rugoso estaba crispado de preocupación, pero enseguida se relajó con una expresión de alivio.

—Sonea —dijo e hizo una pausa para recuperar el aliento—. Ha venido a verte un mensajero. Nadie sabía dónde estabas.

—Y seguro que eso ha ocasionado un barullo y una agitación innecesarios.

Él la miró con el ceño fruncido.

—No es un buen momento para dar motivos al Gremio para que empiece a desconfiar de una maga de baja cuna, Sonea, teniendo en cuenta los cambios en las normas que están a punto de proponerse.

—¿Acaso alguna vez es buen momento para eso? —Ella se levantó y suspiró—. Además, no he destruido el Gremio ni he esclavizado a todos los kyralianos, ¿verdad? Solo he salido a dar un paseo. Eso no tiene nada de siniestro. —Clavó los ojos en él—. Hace veinte años que no viajo fuera de la ciudad, y solo he salido de los terrenos del Gremio para trabajar en los hospitales. ¿No es suficiente?

—Para algunos, no. Y desde luego no para Kallen.

Sonea se encogió de hombros.

—Es lo que cabe esperar de Kallen. Forma parte de su trabajo. —Enlazó su brazo con el del anciano y ambos echaron a andar por el sendero—. No te preocupes por Kallen, Rothen. Sé cómo lidiar con él. Además, no se atreverá a quejarse de que yo visite la tumba de Akkarin.

—Deberías haberle dejado un mensaje a Jonna diciéndole adónde ibas.

—Lo sé, pero estas cosas suelen surgir de forma espontánea. Él le escrutó el rostro.

—¿Te encuentras bien?

Sonea le sonrió.

—Sí. Tengo un hijo vivo a quien le van bien las cosas, hospitales en la ciudad en los que puedo realizar buenas acciones, y te tengo a ti. ¿Qué más necesito?

Rothen reflexionó por un momento.

—¿Un esposo?

Ella se rió.

—Claro que no necesito un esposo. Ni siquiera estoy segura de querer uno. Creía que me sentiría sola cuando Lorkin se mudó de mis aposentos, pero he descubierto que me gusta disponer de más tiempo para mí. Un esposo... sería un estorbo.

Rothen soltó una risita.

«O una debilidad de la que podría aprovecharse un enemigo», pensó ella de forma casi automática. Sin embargo, este pensamiento se debía más a que aún tenía fresca en la memoria la noticia de Cery que a la existencia de una amenaza real. Aunque no le faltaban enemigos ni mucho menos, estos simplemente le tenían aversión por su origen humilde o por temor a la magia negra que practicaba. Nada de esto los llevaría al extremo de hacer daño a alguno de sus seres queridos. «De lo contrario, ya habrían atacado a Lorkin.»

Al pensar en su hijo, acudieron a su mente recuerdos de su infancia. Recuerdos mezclados, de cuando era pequeño y de cuando tenía unos años más; de cuando estaba contento y de cuando estaba desilusionado; y se adueñó de ella una tensión que le resultaba conocida, una sensación en parte de alegría y en parte de dolor. Cuando él se quedaba callado y caviloso, a Sonea le recordaba mucho a su padre. Por otro lado, su seguridad en sí mismo, su faceta encantadora, testaruda y locuaz, era tan ajena a Akkarin que ella solo podía ver en él a una persona única, individual y diferente de todas las demás. Rothen, por el contrario, sostenía que la parte testaruda y locuaz de su personalidad la había heredado sin duda alguna de ella.

Cuando emergieron del bosque, Sonea bajó la vista hacia el terreno del Gremio. Ante ellos se alzaba el alojamiento de los magos, un edificio alargado y rectangular que albergaba a quienes habían decidido vivir en las instalaciones gremiales. Sonea sintió una ligera oleada de orgullo por haber salvado aquella estructura, junto con Akkarin. Luego, como de costumbre, la invadieron la tristeza y el pesar por el precio que habían tenido que pagar. Si hubieran dejado que el edificio se derrumbara matando a quienes aún estaban dentro, y en vez de protegerlo

hubieran absorbido la energía de la Arena, Akkarin tal vez habría sobrevivido.

«Pero habría dado igual la cantidad de energía que hubiéramos acumulado. Una vez herido, él habría preferido cederme toda su magia y morir de todos modos a sanarse a sí mismo, o dejar que lo sanara yo, y correr el riesgo de que los ichanis nos derrotaran. Además, por mucha energía que yo hubiera absorbido, no habría tenido tiempo de vencer a Kariko y sanar a Akkarin. —Arrugó el entrecejo—. Quizá Lorkin no haya sacado su parte testaruda de mí, después de todo.»

—¿Te sientes tentada de pronunciarte en favor de la petición? —preguntó Rothen mientras empezaban a descender por el camino—. Sé que eres partidaria de abolir esa regla.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —inquirió Rothen con una sonrisa.

—Podría resultar contraproducente para la causa. Al fin y al cabo, alguien que se crió en las barriadas y más tarde quebrantó un voto, aprendió magia prohibida y desafió la autoridad de los magos superiores y del rey hasta tal punto que se vieron obligados a enviarla al exilio no incita precisamente a confiar en los magos de clase baja.

—Salvaste el país.

—Ayudé a Akkarin a salvar el país. Eso es muy distinto.

Rothen torció el gesto.

—Desempeñaste un papel tan importante como él, y asestaste el golpe final. Eso deberían recordarlo.

—Y Akkarin se sacrificó. Aunque yo no hubiera nacido en las barriadas ni fuera mujer, me resultaría muy difícil competir con eso. —Se encogió de hombros—. No me interesan la gratitud o el reconocimiento, Rothen. Lo único que me importa son Lorkin y los hospitales. Además de ti, por supuesto.

Él asintió.

—Pero ¿y si te dijera que lord Regin se ha ofrecido a representar a quienes se oponen a la petición?

A Sonea se le revolvió el estómago al oír ese nombre. Aunque el aprendiz que la había atormentado durante sus primeros

años en la universidad era ya un hombre maduro, casado y con dos hijas adultas, y la había tratado con cortesía y respeto en todo momento desde la Invasión ichani, a ella le había quedado un poso de desconfianza y antipatía hacia él.

—No me sorprende —comentó—. Siempre ha sido un estirado.

—Cierto, aunque su carácter ha mejorado mucho desde vuestra época de aprendices.

—De acuerdo, es un estirado con buenos modales.

Rothen rió entre dientes.

—¿Empiezas ya a sentirte tentada?

Ella sacudió la cabeza de nuevo.

—Pues más vale que te prepares para que sondeen tu opinión sobre el asunto —le advirtió él—. Muchos querrán conocer tu punto de vista y te pedirán consejo.

Cuando llegaron al patio, Sonea suspiró.

—Lo dudo. Pero, por si acaso tienes razón, pensaré cómo responder a cualquier pregunta que me hagan. Tampoco quiero convertirme en un obstáculo para los peticionarios.

«Y si Regin va a representar a la oposición, será mejor que esté atenta por si recurre a alguna artimaña. Puede que hayan mejorado sus modales, pero él sigue siendo tan inteligente y taimado como siempre.»

En la calle Gliar Oeste, en la Cuaderna Septentrional, había una sastrería pequeña y ordenada desde donde aquellos que tenían los contactos adecuados podían acceder a unas habitaciones privadas en la planta superior en las que se ofrecía entretenimiento a los hombres jóvenes y ricos de la ciudad.

Lorkin había ido allí por primera vez hacía cuatro años, con Dekker, su amigo y compañero aprendiz, y sus otros camaradas. Como siempre, la idea se le había ocurrido a Dekker. Era el más audaz de los amigos de Lorkin, aunque la audacia era un rasgo típico de la mayoría de los guerreros jóvenes. En cuanto al resto del grupo, el alquimista Sherran siempre se apuntaba

a todo lo que Dekker proponía, mientras que los sanadores Reater y Orlon no se dejaban llevar tan fácilmente por el mal camino. Quizá era natural que los sanadores se comportaran con prudencia. Fuera cual fuese el motivo, Lorkin solo había accedido a acompañar a Dekker porque ellos dos no se habían negado.

Cuatro años después, todos se habían graduado como magos, y la sastrería era su lugar de encuentro favorito. Aquel día, Perler había llevado a Jalie, su prima de Elyne, a que visitara el local por primera vez.

—Así que esta es la sastrería de la que he oído hablar tanto —comentó una joven, paseando la vista por la habitación. Los muebles eran piezas de calidad pero gastadas que habían desechado las casas más ricas de la ciudad. Los cuadros y las mamparas de las ventanas eran ordinarias tanto por su ejecución como por las escenas que representaban.

—Sí —respondió Dekker—. Aquí encontrarás todos los deleites que puedas desear.

—A cambio de un precio —dijo ella, mirándolo de reojo.

—Un precio que quizá estemos dispuestos a pagar por ti, dado el placer que nos proporciona tu compañía.

Ella sonrió.

—¡Eres una ricura!

—No sin la aprobación de su primo mayor —añadió Perler, posando la vista en Dekker con expresión impasible.

—Por supuesto —dijo el chico más joven, inclinándose ligeramente hacia Perler.

—Bien, ¿qué deleites ofrecen aquí? —preguntó Jalie a Dekker.

Él agitó la mano.

—Placeres del cuerpo, placeres de la mente.

—¿De la mente?

—¡Bueno! Que nos traigan un brasero —propuso Sherran, con los ojos brillantes—. Un poco de craña nos relajará a todos.

—No —dijo Lorkin. Al oír que una respuesta idéntica salía al mismo tiempo de otra boca, movió la cabeza en señal de gratitud hacia Orlon, a quien la droga repugnaba tanto como a él.

La habían probado en una ocasión, y la experiencia había resultado inquietante para Lorkin. No era por el modo en que había hecho aflorar el lado más cruel de Dekker, que había comenzado a tomar el pelo y a atormentar a la chica que estaba loca por él en aquel entonces, sino por el hecho de que este comportamiento no había molestado en absoluto a Lorkin. De hecho, le había parecido gracioso, aunque más tarde no acertaba a entender por qué.

Aquel día el encaprichamiento de la chica se había evaporado y había nacido el idilio de Sherran con la craña. Antes, Sherran obedecía a Dekker en todo. Desde aquel momento, solo lo hacía si lo que Dekker le pedía no se interponía entre la craña y él.

—Mejor tomemos una copa —propuso Perler—. Un poco de vino.

—¿Los magos beben? —preguntó Jalie—. Creía que lo tenían prohibido.

—No lo tenemos prohibido —le explicó Reater—, pero no es aconsejable que nos emborrachemos. Podemos perder el control de nuestra magia tanto como de nuestro estómago o nuestra vejiga.

—Entiendo —dijo ella—. ¿O sea que el Gremio tiene que asegurarse de que los plebis que admite no sean unos borrachos?

Los demás fijaron la vista en Lorkin, que sonrió, consciente de que no lo miraban porque su madre fuera una «plebi», sino porque sabían que si hacían más de un par de bromas sobre las clases bajas, él se marcharía.

—Seguramente hay más borrachos entre los finolis que entre los plebis —le dijo Dekker—. Tenemos maneras de ocuparnos de ellos. ¿Qué vino os apetece tomar?

Lorkin apartó la mirada mientras la conversación derivaba hacia las variedades de vino. «Plebis» y «finolis» eran los calificativos que los aprendices pobres y ricos habían empezado a dedicarse unos a otros después de que el Gremio decidiera aceptar en la universidad a estudiantes que no pertenecían a las

Casas. Habían adoptado el epíteto «plebi» porque en realidad ninguno de los aprendices de clase baja era pobre. Todos los aprendices recibían una asignación generosa por parte del Gremio, al igual que los magos, que además podían complementar su sueldo por medios mágicos o de otro tipo. Había que inventar una expresión, y esta resultó ser poco halagüeña, por lo que los plebis contraatacaron con un apodo para los aprendices procedentes de las Casas. Lorkin tuvo que reconocer que era un apodo apropiado.

Lorkin no encajaba en ninguno de los dos grupos. Su madre había nacido en las barriadas, y su padre, en el seno de una de las Casas más poderosas de Imardin. Él se había criado en el Gremio, lejos tanto de las manipulaciones y los compromisos políticos de las Casas como de la dura vida de las barriadas. Casi todos sus amigos eran finolis. Si bien no había rehuido la amistad de los plebis deliberadamente, la mayoría de ellos, aunque no parecía tenerle ojeriza como a los finolis, apenas le dirigía la palabra. Solo al cabo de unos años, cuando Lorkin contaba con un círculo sólido de amigos finolis, se percató de que los plebis se sentían intimidados por él, o, más bien, por la figura de su difunto padre.

—¿Y cómo es Sachaka? ¿De verdad siguen teniendo esclavos?

Lorkin devolvió su atención de golpe a la conversación y se estremeció. El nombre del país de donde procedía el asesinato de su padre le provocó un escalofrío. Sin embargo, esta sensación, que antes no era más que fruto del miedo, ahora venía acompañada de una excitación extraña. Después de la Invasión ichani, las Tierras Aliadas habían dirigido la mirada al vecino del que antes se desentendían. Magos y diplomáticos se habían aventurado a viajar a Sachaka con la intención de evitar futuros conflictos a través de negociaciones, relaciones comerciales y pactos. Cuando regresaban, ofrecían descripciones de una cultura exótica y un paisaje aún más exótico.

—Así es —respondió Perler. Lorkin irguió ligeramente la espalda. El hermano mayor de Reater había vuelto de Sachaka

hacía unas semanas, tras pasar un año trabajando como ayudante del embajador del Gremio en Sachaka—. Aunque a la mayoría ni se les ve. Las túnicas desaparecen de tu habitación y más tarde vuelven a aparecer, limpias, pero nunca ves a quien se las lleva. Al esclavo personal que te asignan sí lo ves, claro. Todos tenemos uno.

—¿O sea que tenías un esclavo? —preguntó Sherran—. ¿Eso no va contra las leyes del rey?

—No nos pertenecen —puntualizó Perler, encogiéndose de hombros—. Los sachakanos no saben tratar a los criados como es debido, así que no nos queda otro remedio que permitir que nos asignen esclavos. De lo contrario, tendríamos que lavar la ropa y cocinar nosotros mismos.

—Y eso sería terrible —comentó Lorkin con espanto fingido. Aunque la tía de su madre era su sirvienta, y sus parientes eran criados de familias ricas, poseían una dignidad y una iniciativa que él respetaba. Había tomado la determinación de que, si algún día tenía que realizar tareas domésticas, no se sentiría tan humillado por ello como sus compañeros magos.

Perler lo miró y sacudió la cabeza.

—No tendríamos tiempo de encargarnos de ello personalmente. Siempre hay mucho trabajo que hacer. Ah, aquí llegan las bebidas.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Orlon mientras servían vasos de vino o agua y se los pasaban unos a otros en torno a la mesa.

—Negociar acuerdos comerciales, animar a los sachakanos a abolir la esclavitud para que puedan incorporarse a las Tierras Aliadas, permanecer al tanto de la política sachakana... El embajador Maron había oído hablar de un grupo de rebeldes y quería averiguar más sobre ellos, hasta que tuvo que regresar para solucionar los problemas de su familia.

—Parece aburrido —comentó Dekker.

—De hecho, era bastante emocionante. —Perler sonrió de oreja a oreja—. A veces me daba un poco de miedo, pero tenía la sensación de que estábamos llevando a cabo..., bueno, una

misión histórica. Algo que marcaría la diferencia, que cambiaría la situación a mejor.

Un extraño estremecimiento recorrió a Lorkin.

—¿Crees que empiezan a entrar en razón respecto a la esclavitud? —inquirió.

Perler se encogió de hombros.

—Algunos sí, pero cuesta saber si fingen estar de acuerdo por cortesía o para obtener algo de nosotros. Maron cree que resultaría mucho más fácil convencerlos de que renunciaran a la esclavitud que a la magia negra.

—Será complicado convencerlos de que renuncien a la magia negra mientras nosotros contemos con dos magos negros —señaló Reater—. Parece un poco hipócrita.

—En cuanto ellos prohíban la magia negra, nosotros lo haremos también —aseveró Perler.

Dekker se volvió hacia Lorkin con una sonrisa burlona.

—Si eso ocurre, Lorkin nunca sucederá a su madre en el cargo.

Lorkin soltó un resoplido desdeñoso.

—Como si ella fuera a permitírmelo. Preferiría mil veces que la sucediera como director de los hospitales.

—¿Tan malo sería eso? —preguntó Orlon en voz baja—. Que te hayas inclinado por la alquimia no significa que no puedas echar una mano a los sanadores.

—Hace falta un espíritu de entrega total e inquebrantable para dirigir algo como un hospital —observó Lorkin—. Yo carezco de él, aunque me gustaría tenerlo.

—¿Por qué? —quiso saber Jalie.

Lorkin abrió las manos hacia los lados.

—Me gustaría hacer algo útil con mi vida.

—¡Bah! —dijo Dekker—. Si puedes permitirte llevar una vida regalada, ¿por qué no hacerlo?

—¿Por aburrimiento? —aventuró Orlon.

—¿Quién está aburrido? —terció una nueva voz femenina.

Un escalofrío totalmente distinto le bajó a Lorkin por la espalda. Notó que se le cortaba el aliento en la garganta y que el estómago se le tensaba de un modo desagradable. Todos se vol-

vieron para ver a una joven morena que entraba por la puerta. Esta sonrió mientras paseaba la mirada por la habitación. Cuando sus ojos se posaron en los de Lorkin, su sonrisa vaciló, pero solo por un momento.

—Beriya. —Él pronunció su nombre casi sin querer, y al instante le repugnó aquel gemido débil y patético que había salido de sus labios.

—Ven, siéntate con nosotros —la invitó Dekker.

«No», tenía ganas de decir Lorkin, pero se suponía que debía haber superado su ruptura con Beriya. Hacía dos años que su familia se la había llevado a Elyne. Cuando la chica se sentó, Lorkin desvió la mirada como si no estuviera interesado en ella e intentó relajar los músculos que se le habían puesto rígidos en el instante en que había oído su voz. Es decir, casi todos.

Ella era la primera mujer de la que se había enamorado y, hasta la fecha, la única. Se veían siempre que se les presentaba la ocasión, abiertamente o en secreto. Lorkin pensaba en ella durante todas sus horas de vigilia, y Beriya aseguraba que le ocurría lo mismo. Él habría hecho cualquier cosa por ella.

Algunas personas los habían alentado a seguir adelante, mientras que otras habían intentado, sin demasiado entusiasmo, ayudarlo a mantener los pies en la tierra, al menos en lo relativo a sus estudios de magia. El problema residía en que ni su madre ni la familia de Beriya tenían motivos para desaprobare la relación. Y resultó que él era una de aquellas personas que se dejaban arrastrar por sus emociones cuando se enamoraban, hasta tal punto que ni el apoyo que recibía ni los sermones severos (ni siquiera los de lord Rothen, a quien él respetaba y quería como si fuera su abuelo favorito) bastaban para mantenerlo anclado en la realidad. Todos habían decidido esperar a que recobrará un grado de sensatez que le permitiera concentrarse en algo que no fuera Beriya para ayudarlo después a ponerse al día en su formación.

Entonces la prima de ella los había sorprendido juntos en la cama, y su familia había insistido en que se casaran lo antes posible. Les daba igual que él, por ser mago, contara con medios

para evitar que Beriya quedara embarazada. Si no se casaban, cualquier pretendiente futuro la consideraría «estropeada».

Lorkin y su madre habían accedido. Era Beriya quien se había negado.

También se negó a verlo. Cuando un día él consiguió acorralarla por fin, ella le confesó que nunca lo había querido, que le había dado alas porque había oído que los magos podían hacer el amor sin peligro de engendrar un niño. Le aseguró que sentía haberle mentido.

Su madre le dijo que el dolor que sentía era lo más parecido a la enfermedad que la mayoría de los magos podía experimentar. La mejor cura era el tiempo y el cariño de los familiares y amigos. A continuación había descrito el comportamiento de Beriya en unos términos que él no se habría atrevido a emplear en presencia de la mayoría de sus conocidos.

Por fortuna, la familia de Beriya se la había llevado a Elyne, por lo que, cuando la pena remitió lo suficiente para convertirse en rabia, ella ya se encontraba muy lejos. Lorkin había jurado no volver a enamorarse, pero cuando una chica de su clase de alquimia había mostrado interés en él, su determinación había flaqueado. Le gustaba el carácter pragmático de la joven. Era todo aquello que Beriya no era. Una hipocresía extraña anidaba en la cultura kyraliana: nadie esperaba que las magas permanecieran célibes. Sin embargo, para cuando se percató de que no la quería, ella estaba totalmente prendada de él. Lorkin había hecho todo lo posible por poner fin a la relación con la mayor delicadeza posible, pero sabía que ahora ella le guardaba un rencor profundo.

El amor, concluyó, era algo muy enrevesado.

Beriya se acercó a una silla y se sentó con elegancia.

—¿Y bien? ¿Quién está aburrido? —preguntó.

Mientras los demás se hacían los desentendidos, Lorkin reflexionó sobre ella y las lecciones que él había aprendido. Durante el año anterior, había conocido a unas cuantas mujeres que eran tan buenas conversadoras como amantes, y no pedía nada más. Descubrió que prefería esta clase de relaciones. Los

amoríos de Dekker, que siempre acababan en desengaño y escándalo —cuando no en algo peor—, no lo atraían. Por otro lado el matrimonio sin afecto al que los padres de Reater habían condenado a su hijo era su peor pesadilla.

«Hace ya un tiempo que la familia de mi padre no intenta buscarme una prometida. A lo mejor se han dado cuenta de cuánto divierte a mi madre dar al traste con todos los planes que hacen para mí. Aunque estoy seguro de que no sabotearía nada que me interesara de verdad.»

Obligó a sus pensamientos a volver al presente mientras la conversación derivaba hacia las aventuras de amigos comunes de Beriya y Dekker. Lorkin escuchó, dejando pasar la tarde. Finalmente, los dos sanadores se marcharon para visitar el hipódromo nuevo, y Beriya se fue a probarse un vestido que había encargado. Dekker, Sherran y Jalie se dirigieron a pie hacia sus respectivas casas familiares, que se encontraban en la misma calle principal del Círculo Interno, de modo que Lorkin tuvo que volver al Gremio solo.

Mientras caminaba por las calles del Círculo Interno, Lorkin contemplaba meditabundo los imponentes edificios. Aquel sitio había sido siempre su hogar. Él nunca había vivido en otro lado. Nunca había estado en el extranjero. Ni siquiera había salido de la ciudad. Más adelante, se divisaban las puertas del Gremio.

«¿Son los barrotes de mi jaula, o un muro que me protege del peligro? —Al otro lado estaba la fachada de la universidad, donde sus padres habían combatido contra los magos negros de Sachaka en una última batalla desesperada—. Aquellos magos no eran más que ichanis, la versión sachakana de los malhechores desterrados. ¿Cómo habría terminado esa batalla si hubieran sido ashakis, guerreros nobles que dominan la magia negra? Tuvimos suerte de ganar aquella batalla. Todo el mundo lo sabe. Tal vez el Mago Negro Kallen y mi madre no puedan salvarnos si los sachakanos deciden lanzar una invasión como es debido.»

Una figura que le resultaba conocida se acercaba a las puertas desde el interior. Cuando el hombre las franqueó, Lorkin

sonrió. Conocía a lord Dannyl a través de su madre y de lord Rothen. Hacía tiempo que no veía al historiador. Como de costumbre, Dannyl iba distraído, con el ceño fruncido, y Lorkin sabía que el mago veterano era perfectamente capaz de cruzarse con él sin siquiera verlo.

Lord Dannyl, lo llamó Lorkin, sin elevar mucho su voz mental. La comunicación telepática no estaba bien vista, pues todos los magos, tanto amigos como enemigos, podían percibirla. Sin embargo, llamar a otro mago por su nombre se consideraba aceptable, pues con ello no se proporcionaba demasiada información a quien estuviera escuchando.

El mago de gran estatura alzó la mirada y, al ver a Lorkin, su expresión ceñuda desapareció. Caminaron el uno hacia el otro y se encontraron en la entrada de la calle en que vivía Dannyl.

—Lord Lorkin. ¿Cómo va todo?

Lorkin se encogió de hombros.

—Bastante bien. ¿Y qué tal va su investigación?

Dannyl bajó la vista hacia el fajo de papeles que llevaba.

—La Gran Biblioteca ha enviado unos documentos que yo esperaba que ofrecieran más detalles sobre el estado en que quedó Imardin tras la muerte de Tagin.

Lorkin asintió, aunque no recordaba quién era Tagin. Dannyl llevaba tanto tiempo inmerso en la historia de la magia que a menudo olvidaba que otras personas no conocían los pormenores tan bien como él. «Debe de ser un alivio saber a qué quieres dedicarte —pensó Lorkin—, sin preguntarte constantemente qué vas a hacer con tu vida.»

—¿Cómo... cómo se le ocurrió la idea de escribir una historia de la magia? —preguntó Lorkin.

Dannyl lo miró y se encogió de hombros.

—La tarea me eligió a mí —respondió—. A veces desearía que no lo hubiera hecho, pero entonces me encuentro con un dato nuevo —esbozó una sonrisa irónica— y me acuerdo de lo importante que es que no se pierda el pasado. Podemos aprender mucho de la historia, y quizá algún día descubra un secreto que nos sea provechoso.

—¿Como la magia negra? —aventuró Lorkin.

Dannyl hizo una mueca.

—Mejor algo que no implique tantos riesgos y sacrificios.

A Lorkin el corazón le dio un vuelco.

—¿Otro tipo de magia defensiva? Sería estupendo descubrir algo así. —«No solo permitiría al Gremio dejar de utilizar la magia negra, sino que nos ayudaría a defendernos de los sachakanos, o a convencerlos de que renuncien a la magia negra y a la esclavitud y se unan a las Tierras Aliadas. Si yo descubriera algo así... Pero la idea es de Dannyl, no mía...»

Dannyl hizo un gesto vago.

—Quizá no descubra nada en absoluto. Pero investigar la verdad, ponerla por escrito y conservarla es para mí un éxito más que suficiente.

«Bueno... Si a Dannyl le da igual... ¿Le importaría que otra persona buscara una alternativa a la magia negra? ¿Le importaría que lo hiciera yo?» Un cosquilleo de esperanza descendió por el espinazo de Lorkin, que respiró hondo.

—¿Podría... podría echar un vistazo a lo que lleva hecho hasta ahora?

El mago veterano arqueó las cejas.

—Por supuesto. Me interesaría conocer tu opinión al respecto. Podrías reparar en algo que yo he pasado por alto. —Dirigió la vista calle abajo y se encogió de hombros—. ¿Por qué no almuerzas con Tayend y conmigo? Después te enseñaré mis notas y fuentes y te explicaré las lagunas que intento rellenar en la historia.

Lorkin asintió, casi sin darse cuenta.

—Gracias. —Si regresaba a su habitación en el Gremio, acabaría dedicando la mitad del tiempo a pensar con amargura en Beriya y la otra mitad a intentar convencerse de que estaba mejor sin ella—. Estoy seguro de que será fascinante.

Dannyl hizo un gesto en dirección a su casa, un edificio suntuoso de dos plantas que alquilaba desde que se había retirado de su puesto como embajador del Gremio en Elyne. Aunque se sabía que Dannyl y Tayend eran más que amigos, se hablaba

poco de ello últimamente. Dannyl había decidido vivir en la ciudad y no en el recinto del Gremio pues, como él decía, «tenemos una especie de acuerdo: el Gremio hace la vista gorda, y nosotros no le damos motivos para dejar de hacerlo».

—¿Tienes que volver primero al Gremio?

Lorkin negó con la cabeza.

—No, pero si usted necesita avisar a Tayend y a los criados...

—No, no les molestará. Tayend lleva a casa visitas inesperadas constantemente. La servidumbre ya está acostumbrada.

Le hizo señas de que lo siguiera, echó a andar hacia su casa y Lorkin acomodó su paso para caminar junto a él.